

Memoria de Oaxaca

Eulio Ferrer

A medio camino entre la remembranza y la crónica de viajes, el erudito y filólogo Eulio Ferrer —autor de El lenguaje de la inmortalidad, Pompas fúnebres, El lenguaje de las trilogías, Los lenguajes del color, entre otros—, nos ofrece una íntima visión de Oaxaca y de Coatzacoalcos.

Desde Coatzacoalcos, el llamado tren interoceánico del Pacífico nos ha dejado en el clima arrullador de Oaxaca. Cuatro días de viaje, atravesando zonas espesas de selva, con escalas en muchas estaciones y lugares —la primera en Veracruz, la última en Puebla— han constituido una gran experiencia en este primer viaje de nuestra vida en México. Apenas hemos dormido, pero la expectativa es grande. El nombre de Oaxaca, semillero de hombres ilustres como pocos, nos enciende la sangre. Quizás intuíamos un dato revelador del que habríamos de enterarnos después: don Benito Juárez, hijo mayor de esta tierra, contrajo nupcias con una dama de orígenes santanderinos, doña Margarita Maza. Se trataba, quizá, de la poesía del azar, que nos devolvía nuestros orígenes en nuestro destino.

Pese a las incomodidades de los destartados y malolientes vagones, sobre todo para mi madre y hermanas, ha habido ratos de buen humor y hasta alguna cantada de la tierra en el dúo de Ramón Gallut, que es como de la familia, y mi padre, los dos con aficiones orfeónicas en un Santander pródigo en coros y buenas voces. Las escalas en las estaciones se alargan y esto nos permite conocer y percibir los colores arrebatadores de México. Estamos frente a un caleidoscopio de los sentidos; cada esquina, cada momento, cada recoveco inesperado nos pueden deparar una bulliciosa

coherencia de emociones y sensaciones. Con elocuencia estridente, todo nos recuerda que estamos en México. Lo mismo en el paisaje, de verdes oscuros de selva, de páramos grises, que en los vestidos de las gentes, con sus morados, rosas y rojos intensos. Y su lenguaje, suave, de tonos acariciantes, de silencios prolongados. Mujeres indígenas descalzas, de pechos sueltos y alzados, que nos ofrecen toda clase de frutos tropicales, y mil cosas diminutas, cada una con su color contrastante. México nos deslumbra y desconcierta. Hay amor y miseria. Es como un lienzo húmedo que se nos adhiere al cuerpo. El tiempo se vuelve cadencia, sin apremios, sin prisas. Como si viajáramos al infinito, como si el transcurso de las horas y los minutos fuera algo en verdad irrelevante, una mera anécdota que acompaña la verdadera realidad de esta profusión de las facultades perceptivas.

El calor, a cuarenta y tantos grados, quizá contribuya a este aplomamiento. En nuestro grupo aparecen los primeros síntomas de paludismo, que es una enfermedad todavía no controlada en México, según nos informó un asturiano que juega muy bien al dominó y cuyo local se encuentra en los portales del zócalo, lo que nos permite ver pasear a la gente. El día grande es el domingo por la mañana. Todas las familias acuden al zócalo y giran alrededor de él. Entre los jóvenes hay miradas



© Rubén Vázquez

Interior del ex-convento de Santo Domingo

carifiosas y nacen los noviazgos. Los ricos alardean con sus grandes automóviles, casi todos descapotables, dando vueltas en torno de la plaza. Uno de ellos, Collada, se fija en la muy guapa Pilarica, hija de Manuel Neila, y entablan prontas relaciones. Mis hermanas conocen a las hermanas Rincón y pasean con ellas. Hay algo de estremecedor en esta hermosa rutina social de las plazas, indudable herencia hispánica en la que nos reconocemos, a la vez que genuina práctica original de estas tierras americanas, en las que la semilla española se sembró y maduró hasta formar un árbol robusto y sólido, una vigorosa cultura por derecho propio frente a la cual mi asombro crece, hasta la fecha, cada día más.

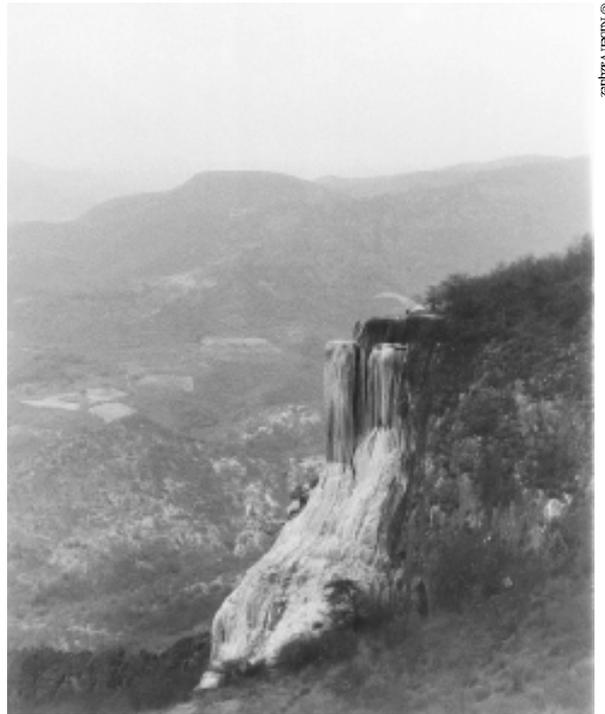
Manolo López y yo trabajamos en un plan grande: como él es boxeador, o empezaba a serlo en San Sebastián, puede hacer carrera desafiando al campeón de peso ligero de Oaxaca. Yo seré su apoderado. Empiezo por exigirle que se llame de ahora en adelante “Manuel Uzcudun”, recordando al gran Paulino de este apellido, vasco como él. Si resulta derrotado, no hay penalización, pero si vence al campeón, recibirá veinte pesos y un contrato por tres peleas, con doble sueldo. Así vamos al improvisado *ring* en una plaza donde también se corren y jinetean caballos. El contrincante se llama Antonio Agüero, un mixteco puro con apellido cántabro. Casi no sé nada de box, pero le tengo tanta

confianza a Manolo Uzcudun, que cargo con la toalla, el caldero y un par de esponjas y le dirijo desde la esquina. Hay un ambiente jubiloso y la plaza está llena a reventar. Empieza el combate y la superioridad de Manolo se nota enseguida. De modo que al tercer episodio noquea a su valiente enemigo. Pero ahí ardió Troya. El público se enfurece y a los gritos de “¡Muera el gachupín!” y “¡Queremos sangre española!”, nos cercan. No nos queda más remedio que salir corriendo hasta que encontramos a un tipo fornido que nos protege y nos aloja en su gimnasio. Es el director de Educación Física de Oaxaca, el licenciado Raúl Bolaños Cacho. Hacemos gran amistad. Admira a Unamuno y a Ortega. Es dirigente del Partido Nacional Revolucionario y simpatizante de la causa republicana española. Al día siguiente estoy en su biblioteca espléndida y me proporciona sus libros, que devoro en mis lecturas, bajo el tibio clima oaxaqueño.

Me he instalado en El Llano, un parque con ardillas que corretean y se encaraman libremente en los árboles, por donde pasean los estudiantes. Me relaciono con ellos y alguna mañana se agrupan a mi alrededor, tomándome como su maestro de literatura. Por las noches, gracias a las amistades de Raúl Bolaños Cacho, ceno gratis, invitado por familias cordiales a las que brindo, a cambio, recitales de García Lorca, Antonio Machado y



Árbol del Tule



Amanecer en Hieve el agua

Gabriel y Galán, mis poetas favoritos. Los compromisos llueven y yo me siento feliz. Tanto, que las hermanas Bravo, oriundas de Laredo y dueñas de un comercio de telas, me han ofrecido empleo con el mayor cariño, oferta que he declinado. Ya habrá tiempo de trabajar. Ahora me interesa estudiar la historia de México y a los clásicos españoles, recorrer Oaxaca de un lado a otro, dar mis “clases” en El Llano, escribir mis apuntes, pasar en limpio el diario de nuestro viaje trasatlántico de cuarenta y un días..., y soñar, soñar.

Me interesan sobremanera dos titanes de la historia de México oriundos de Oaxaca: Benito Juárez y Porfirio Díaz. Más allá de aficiones o desaficiones ideológicas, se trata de un par de personajes fascinantes, cuyas biografías no dejaban de intrigarme. Qué mejor lugar para adentrarme en su misterio que Oaxaca, su tierra natal. Me apasionaba por comprender un poco más a estas dos figuras tan tenaces, sobre todo la de Juárez, constructor de la República y el México moderno, artífice de una segunda Independencia, un segundo nacimiento de la nación mexicana, que presentaba en su vida personal una fabulosa historia de lucha y superación, desde su infancia monolingüe en Guelatao hasta su inmortal consolidación como estadista de las Américas. Muchas décadas después, Vicente Quirarte lo expresaría con claridad: la microhistoria de ese niño zapoteca pronto alcanzó una dimensión nacional. Detrás y al lado de estas enormes figuras de la historia mexicana se encontraban, también, varias generaciones de brillantes liberales oaxaqueños, cuya impronta y herencia todavía se respiraban en el Oaxaca de ese entonces gracias a personajes como el licenciado Bolaños Cacho.

Muy pronto, Manolo Uzcudun corta su carrera en Oaxaca y piensa en lanzarse a fondo en la Ciudad de México. Mientras, se dedicará a vender los pasteles que Serafín elabora recordando un viejo oficio familiar, con éxito rotundo. Lógicamente, también termina mi puesto de entrenador, no sin antes haberme enfrentado con un lenguaje petulante, de mi parte, al cronista local de box, que en el periódico diario *Oaxaca Nuevo* zarandea al españolito Manuel Uzcudun, a quien niega toda clase de méritos como púgil. Redacto la carta que Manolo firma y que se publica con este encabezado: “Un refugiado español se considera intocable por la crítica periodística”. En la carta decimos:

Apenas alcanzo en mi haber deportivo diez peleas. Y aunque la victoria nunca ha dejado de estimularme, en todas ellas derrotando a adversarios de peso superior, debe entenderse que me falta la experiencia de un boxeador profesional. Soy muy joven y tengo que aprender. Mis actuaciones en España y Francia han merecido mejor crítica que la suya.

La respuesta del director ha sido muy dura, tildándome de mal boxeador y peor plumífero. Lo siento por Manolo, pero este medio no me atrae. ¿A quién pedir disculpas por mi audacia? Sólo a un hombre: a Raúl Bolaños Cacho. Raúl no da importancia a lo sucedido y nos invita, cerca del zócalo, a comer unos chapulines fritos, algo picantes, con limón. Uno de los primeros sucesos inéditos gastronómicos de nuestra vida oaxaqueña.

Oaxaca, 12 de agosto de 1940 